



andarines, que saben que para llegar a su destino es necesario ir con lentitud. Se quedó parado y se metió en la cuneta, desde donde nos contempló sin gran curiosidad con sus ojos pequeños, de un color azul intenso:

–Buenos días, buen hombre.

–Buenos nos los dé Dios.

–¿Va usted muy lejos?

–A las parideras.

–¿Quiere que lo llevemos? No sé si nos pillaré de camino, pero si pasamos cerca podemos dejarlo en algún sitio que pueda interesarle.

–¿Adónde van ustedes?

–A Hosquillo.

Se quedó un rato mirándonos. Después contempló el coche con tranquilidad, como si le preocupara subir allí. Pero se decidió, tirando la manta hacia atrás y dejando al descubierto una gran correa que le rodeaba la cintura.

–Las parideras están cerca. Nunca he subido en un auto de éstos.

Se veía que en el fondo le hacía ilusión subir al coche. Se decidió. Se quitó la manta, la dobló con cuidado y entró. Llevaba unas albarcas forradas, y debajo, encima de los calcetines imagino, una especie de lona fuerte para protegerse de la lluvia o la humedad.

–Hay mucha niebla por aquí– dije por decir algo.

–Sí; por este tiempo siempre hay, sobre todo abajo. El pueblo se llena de tal forma que los vecinos no nos vemos.

–¿Va usted a las parideras todos los días andando?

–Todos los días desde hace veinte años.

–¿Y no ha ido usted nunca a Cuenca?

–No. ¿Para qué? Yo tengo mi vida

aquí. Sin embargo, a mis hijos les ha dado por irse por ahí. Tengo uno que es marinero, que ha dado dos o tres veces la vuelta al mundo, y otro que está en Alemania tan rebién. Viene todos los años y en la última carta que me ha escrito me dice que este año va a traer un coche. ¿Sabe usted? Me ha enviado un paquete con unos puros muy suaves. Yo no le digo nada, pero no me gustan. A mí me gustan mucho más los «farias» fuertes. Esos ni siquiera huelen como deben oler los puros. Lo que yo digo: si un puro no huele, es como una mujer muda.

–¿De dónde es usted?



–Sólo puedo ser de «las majás».

–Bueno, podría ser también de Villalba de la Sierra.

–Pero tardaría en llegar hasta las parideras todo un día andando. Y ya ve usted –dijo, tocando el morral–, sólo llevo comida para el mediodía y para la merienda.

–¿Qué come usted?

–Tocinete y chorizos. Este año hemos hecho ya la matanza. Pesaba el gorrino doce arrobas; estaba gordo, muy gordo. Menudo tocino, menudos jamones, menudos chorizos y morcillas...

–¿Cómo se llama usted?

–Juan José.

–¿No será usted el pastor de las Huesas del Vasallo?

–No he oído hablar de ese hombre.

Sin embargo, a mí me recordaba la estatua que hay en la Hoz del Júcar, de Cuenca, hecha por Marco Pérez.

–Aquí me bajo– dijo el pastor Juan José.

–¿Le quedan cerca las parideras?

–Sí; al otro lado de la fuente de la «tía perra».

–Muy bien. Adiós, hasta otro día.

–Con Dios– dijo el hombre.

Y se perdió bajando la cuesta apoyándose en su garrota de madera.

Nos desviamos a la derecha, y después de un par de kilómetros estaba ya el «jeep» esperándonos. Había un